

Realismo europeo del presidente

El presidente Suárez ha iniciado una visita oficial a cuatro de las nueve capitales del Mercado Común. La Haya y Copenhague han sido los dos primeros objetivos. Después a París y hoy saldrá para Roma, donde, además del Quirinal, le espera una audiencia con el Papa Pablo VI, todavía en su retiro veraniego de Castelgandolfo.

La visita del jefe del Gobierno español a estas capitales comunitarias hay que contemplarla, lógicamente, a la luz de la reciente petición de adhesión a la Comunidad Económica Europea que España ha hecho hace un mes. Un mayor conocimiento de la realidad europea por parte del presidente y de la actualidad española por parte de sus anfitriones, los respectivos primeros ministros, es un objetivo puente que hará más fácil la acogida de las aspiraciones españolas hacia la Comunidad por parte de los hombres que gobiernan los países que tendrán que aceptar nuestra candidatura. La presencia en el séquito del señor Suárez del embajador ante la Comunidad acentúa el carácter del viaje y centra, consecuentemente, el programa de las conversaciones.

Querriamos señalar en el viaje del presidente el realismo con que, al parecer, se ha abordado. España no puede permitirse el lujo de que, a las afectuosas palabras por parte de los gobernantes comunitarios, sigan los feos desplantes de los que tienen en sus manos la gestión económica. Ciertamente nuestro ingreso en el Mercado Común tendrá que venir precedido por una serie de reformas en la Comunidad y en nuestro propio sistema económico; cierto que la democracia no nos va a dar ni una sola facilidad a la hora de poner nuestros productos en los mercados europeos.

Pero importa mucho aclarar las posturas, saber cuáles son las reales dificultades y, aunque las visperas electorales de cada cual hagan posible la demagogia frente a los electores, saber que nuestro camino hacia Europa no va a tener más dificultades que las propias del caso.

Ni autarquía ni entreguismo. España está en condiciones de negociar con Europa, de la que históricamente forma parte. El viaje del presidente Suárez, con el realismo que le caracteriza, tiene que ser beneficioso para todos. París y Roma, las dos últimas etapas, pueden significar dos jornadas muy clarificadoras de cara a los meses venideros. Hace bien el presidente al abordar los temas por derecho. Ahora han caído los pretextos, bueno será comenzar las negociaciones al más alto nivel.

Ignacio Camuñas

—Tu trabajo para relaciones con las Cortes ¿en qué consiste?
—En mantener las más sólidas y positivas relaciones entre el Gobierno y el Parlamento. De alguna manera, ser el enlace permanente del Gobierno con las Cortes.
—Desde tu punto de vista, ¿cuáles van a ser los temas que se van a plantear con más urgencia?
—En primer lugar, la elaboración de una nueva Constitución. Seguidamente, el nuevo planteamiento de la política económica. Y, en tercer lugar, el tema de las autonomías regionales, la estructuración de lo que yo llamaría la «democracia regional española».
—¿Cuál es la postura del Gobierno al respecto de este último punto?
—Nosotros creemos que en la Constitución se debe consagrar el principio del estado regional. Es probable que después se establezca una ley Constitucional, que la podríamos denominar de segundo rango, sobre las autonomías regionales, y que, finalmente, se elaboren los estatutos de autonomía, que deberán estar muy pegados a la realidad específica y peculiar de cada una de las regiones.»—(De «Posible».)

«El pacto del silencio»

«Fraga, en un intento de evitar torcidas interpretaciones a la información de Cisneros sobre que ya se había logrado un acuerdo de principio respecto de la estructura del borrador constitucional, ha tomado la palabra y ha dicho que esta estructura no es lo que técnicamente va a ser la estructura de la Constitución, sino sólo el «modus operandi» para debatir un tema después de otro, con independencia de cual sea su engarce técnico del producto resultante.

De manera que, en estos momentos, y a la espera de las inevitables filtraciones que se van a producir con absoluta seguridad, lo que sabemos es que los ponentes han acordado un orden de debates, y que el primero ha sido si se dice «expressis verbis» en la Constitución que España es una monarquía hereditaria o si esto se deja en la ambigüedad de expresiones como «Estado de Derecho», o como «el jefe del Estado». Todo esto, claro está, queda como consecuencia de un proceso de interpretación de las insinuaciones de la rueda de prensa.»—(De Ramón Pi, en «La Vanguardia».)

Europa ante España

«La Europa Comunitaria se cogió los dedos cuando difundió la especie de que había una cuestión política de por medio, de que bastaría que aquí hubiese democracia para que se allanaran todos los problemas. La Comunidad confiaba en Franco bastante más de lo que confiaban muchos franquistas, pero en contra de sus previsiones, lo más llamativo del régimen de Franco se vino abajo. Como a los europeos los dedos se les vuelven huéspedes, creen que qui ya hay una democracia, y se sienten entre la espada y la pared. No saben qué partido tomar, porque en ellos opera aún el prejuicio de la lógica. Verdaderamente habría que compadecerles. Todo se les va en mirar para otro lado. Pierden su «solarium» y la posibilidad de negocios descarados e impunes, y, por si esto fuera poco, se les echan encima sus agricultores. ¿Tenemos derecho a hacer sufrir a Europa de esta manera? Si yo fuese alemán o francés consideraría el viaje del presidente Suárez como un acto de sadismo. Este es el esquema dentro del cual hay que ver la salida del presidente a la Comunidad Económica Europea. Para mí tiene el aspecto noble e inútil de una salida quijotesca, y, por supuesto, nuestros amigos de Brodningnag, los gigantes de América del Norte, que son la cabeza de Occidente, no moverán un dedo a nuestro favor en ningún aspecto. Sospecho que también ellos están algo molestos con la muerte de Franco.»—(De Carlos Luis Alvarez, en «Hoja del Lunes».)

Suárez es Giolitti

«La comparación histórica más acertada que se me ocurre, respecto a Suárez, es no ya la figura de Sagasta, sino la del político italiano del primer cuarto de siglo, Giovanni Giolitti. Giolitti carecía de respetabilidad intelectual (la única vez que quiso hacer una cita de Dante se equivocó) y de pasado (no había participado en las luchas por la unidad italiana); no era un gran orador parlamentario e incluso, por exceso de habilidad, muchos creían que, frente a su real modestia y entereza moral, era «il ministro della mala vita». Sin embargo, tuvo una habilidad extraordinaria en esa especialidad de la política italiana que es el connubio (el contubernio); es decir, la capacidad de conciliar lo aparentemente contradictorio para hacer viable una solución a la vez progresiva y estable. Con estas dotes personales, Giolitti proporcionó a su país una era de crecimiento económico, de avances en el terreno social y, sobre todo, de libertad política. Porque el mérito más relevante de Giolitti fue efectivamente este: llevar un país cuya vida pública era la de un liberalismo oligárquico y corrompido al amanecer de la democracia.

La tarea de Suárez ha sido, en definitiva, de parecida o superior envergadura. Bien mirado, Cela erraba al demandar un Pericles o un Lincoln. Lo que la situación española demanda era un Giolitti y Suárez ha sabido serlo, sin lugar a dudas.»—(De Javier Tusell, en «El País».)

El diálogo Gobierno - sindicatos - empresarios

«El simple hecho de que las autoridades económicas, los empresarios y los trabajadores hayan dialogado sobre la situación económica del país, que todos coinciden en considerar grave, es ya un hecho trascendente e importante. Que de las reuniones se desprenda que no hay acuerdo en temas muy importantes, tiene su lógica y no debe ser interpretado catastróficamente. Después de muchos años de ausencia de libre discusión entre los agentes económicos, las organizaciones empresariales y sindicales viven sus primeros momentos de existencia y su principal preocupación es afirmar su influencia en sus respectivas clientelas. Es lógico que sea así y ello contribuirá a que en el futuro las organizaciones empresariales y sindicales tengan una proyección en el país que haga posible acuerdos explícitos. Hoy, esto no es posible y no se puede pretender que en España, donde la libertad sindical empezó ayer, los sindicatos se comporten con la misma responsabilidad que en países que tienen doscientos años de experiencia sindical y de negociación colectiva en un contexto democrático.»—(De «La Vanguardia».)

El otoño caliente

«Hace justamente un año, uno de los ministros por entonces recién nombrado y que continúa en el Gobierno decía que desde la perspectiva del verano todos los otoños se adivinaban «calientes» y que el mal augurio unas veces se cumplía y otras no. En esta ocasión pasa exactamente lo mismo: no hay ninguna razón para pensar que los meses de octubre y noviembre vayan a ser especialmente conflictivos o especialmente calmados. Bueno, para ser más precisos: hay razones que se acumulan entre sí para pensar una cosa y otra. En definitiva, el problema estriba en saber si la lógica reivindicación de unas mejores retribuciones prevalecerá sobre la inmodificable realidad de que en muchas empresas la huelga puede acarrear el cierre definitivo y, en consecuencia, el paro. Hace dos años, una huelga —«un paro», se decía— podía suponer el procesamiento y hasta la cárcel. En otoño próximo no será así, pero puede que sea peor.»—(De José María García-Hoz, en «Sol», de Málaga.)

El ahorro y las Cajas

«Las Cajas de Ahorros no pueden ser administradas con mentalidad especulativa, ni siquiera puramente comercial o financiera. Deben ser, por su propia naturaleza, un instrumento de justicia social, encaminado a favorecer el desarrollo armónico y la promoción de las clases sociales más necesitadas. No pueden construirse viviendas de lujo con créditos de las Cajas, en tanto España sigue padeciendo una carencia notoria de viviendas modestas. No es lícito financiar a grandes consorcios y a empresas de gran volumen económico y escasos puestos de trabajo, en tanto padecemos un desempleo de gran envergadura y cierran, por problemas de tesorería, innumerables empresas pequeñas que podrían ser rentables y sobrevivir. No puede trasladarse el ahorro generado en Extremadura o Andalucía —por poner dos ejemplos— a aquellas zonas que ya son económicamente potentes, sin contrapartida alguna.

Se imponía, pues, un replanteamiento de los propios consejos de administración de las Cajas, a fin de llevar a ellos criterios sociales que no se mostraban suficientemente explícitos. Habrá que poner en marcha fórmulas de participación que, sin quebranto de la eficiente administración técnica, aseguren el predominio de los criterios sociales sobre cualquiera otros.»—(De «Arriba».)

Carta abierta a Adolfo Suárez

«En esta carta no deseo repetir las numerosas felicitaciones que ha recibido usted por su notable proeza de dirección de la política durante el año pasado. Se ha dicho mucho sobre ello, merecidamente, e incluyéndome a mí. De todos modos, como dijo Víctor Emmanuel, rey de Italia (después del Risorgimiento) el siglo de la poesía ha pasado, y el siglo de la prosa ha comenzado y aunque su prestigio como primer ministro reformador debe ser factor importante en su futuro político, usted sabe tan bien como cualquiera que este no es el tiempo para dormir sobre los laureles (...)

El problema con los partidos basado sobre ideologías es con frecuencia este: el movimiento al que se han alistado cuando eran jóvenes, deja de ser una cuestión de idealismo para ellos, una vez que han alcanzado la madurez. Pero toda su vida ha sido, no obstante, dedicada al movimiento, y no pueden pensar en otra profesión o postura fuera de él; el problema consiguiente es particularmente peligroso si ellos son intelectuales socialistas, ya que, aunque sería teóricamente posible para ellos volver a las familias de la clase media, que ellos abandonaron hace tiempo, se encuentran separados de ellas por toda una vida de lucha. De este modo ellos se transforman cínicos pronunciando de forma automática las expresiones de un movimiento cada vez más alejado de sus sentimientos verdaderos. Se han hecho oportunistas, y comenzaron la vida como idealistas. Su sino es triste, en el fondo, pero incluso más triste es la situación de las naciones cuyo bienestar se asienta en tales partidos... Es por estos motivos entre otros, don Adolfo, por lo que le deseo suerte en sus esfuerzos por crear un partido nacional que ataje las degradaciones arrogantes de los viejos credos.» (Huhg Thomas, en «Diario de Barcelona»)

El «espectáculo» de la política

José Luis L. Aranguren escribe en «El País»:

La distancia entre la representación y la realidad no es, naturalmente, una novedad. Pero el espacio público de representación escenográfica antes era restringido y sus escenarios la Corte y las Cortes, de las que, de cuando en cuando, se oficiaba el traslado al marcial aire libre de los pronunciamientos a caballo por siempre heroicos militares. Ahora la sociedad de masas ha multiplicado y miniaturizado el escenario, situando la pequeña pantalla en el centro de cada hogar. El español, convertido en espectador, mayoritariamente vota «sí» a lo que le dicen. ¿Es eso la democracia? No, la democracia es un comportamiento de cada día que hay que aprender. Pero la educación política, que es, indivisiblemente, educación moral, sólo se adquiere practicando, a todos los niveles, eso que por ahora es mera representación cuasiteatral —y más bien mala— de la democracia. Pero téngase en cuenta que todavía estamos empezando.

«Es impagable la deuda del país con el Rey»

«Sin la Monarquía no habría habido transición hacia la democracia y la deuda que este país ha contraído ya con el titular de la Corona es una deuda impagable», ha manifestado el presidente del Senado de las Cortes Españolas, en unas declaraciones que publicó «El Noticiero Universal». «Hay senadores republicanos que se declaran ideológicamente como tales, como el hecho de que los partidos que declaran su republicanismo acepten la Monarquía quiere decir que ésta ha conseguido, en el corto plazo que lleva funcionando, demostrar que está al lado de los intereses españoles de esta época.»— (De Antonio Fontán, en «El Noticiero Universal».)